—Tío mío,—dijo Mariana toda confusa con los elogios de madama Derval,—yo he hecho y guardado algunos sacos, que corté de pedazos fuertes. Si vos y mi tía quisierais, podíamos irlos llenando y subir todo esto á vuestro escritorio.

—¡Querida y modesta niña!—exclamó su tío abrazándola con ternura;—¡bendito sea el día en que viniste á esta casa, porque tú has traido, no sólo la riqueza y la dicha, sino también el buen ejemplo de tus virtudes!

—¡Benditos seáis vosotros, tíos míos!—exclamó la niña,—¡vosotros, que me habéis recogido como unos buenos padres! No soy yo quien os da ese tesoro: es *la caridad.*

FIN

FILIPINA

I

Winendale

El sol se ponía al fin de la ancha llanura que se extiende desde la ciudad de Brujas al mar del Norte, sin que ningún accidente, bosque, roca ni monte interrumpiera su monotonía; sólo los campanarios góticos de las ciudades y de las aldeas, tan próximas unas á otras en Flandes, animaban la severidad del paisaje.

En la época en que empieza esta historia, el castillo de Winendale, antigua residencia de los Condes de Flandes, se elevaba no lejos de Brujas y el sol, al ponerse, encendía torrentes de luz en los vidrios de colores de la gótica capilla y en las estrechas y ojivas ventanas de la gran torre del Oeste.

Dos mujeres se hallaban sentadas cerca de una de estas ventanas; parecíanse mucho, si bien la una se hallaba al declinar la

vida y la otra en los primeros años de la juventud; ambas tenían la misma frente despejada y noble, mas la una la mostraba cruzada de arrugas y la otra pura y tranquila como la de un niño; iguales eran sus ojos, azules, dulces y pensativos, pero de un color más pálido, en la que había llorado y sufrido; de un matiz más obscuro y más vivo en su hija; los de la niña brillaban bajo largas pestañas de seda negra y parecían sonreir á la vida, cuyos umbrales tocaban apenas; ambas, en fin, tenían la misma tez blanca y tersa propia de las razas del Norte y la misma estatura elevada y esbelta.

Llevaba la madre en su semblante y en su actitud el sello irrecusable de la edad, de las fatigas y de los pesares y la hija se parecía en su belleza inocente á un querubín descendido á la tierra y que se asombra de que en ella se pueda sufrir.

Estas dos mujeres eran dos princesas: Margarita de Luxemburgo, condesa de Flandes y esposa de Guy de Dampierre, y Filipina, la más joven y la más amada de sus hijas, prometida, aunque sólo contaba catorce años, al Príncipe de Galles, que fue, después Eduardo II de Inglaterra.

La condesa se levantaba frecuentemente,

se asomaba á la puerta de una estancia vecina y miraba á las doncellas de honor y á las meninas doblar y colocar en los cofres de viaje los preciosos vestidos y las ricas joyas de la regia desposada; de vez en cuando daba alguna orden nueva y parecía enteramente ocupada de estos preparativos.

—Mi buena madre,—dijo en fin, Filipina, besando una mano de aquélla,—os tomáis demasiada pena por mí.

—Es la última vez,—repuso la condesa.—¡Mañana, pobre hija mía, ya no tendrás á tu madre para velar por tí! ¡Mañana ya no estarás aquí!

—¡Madre mía,—dijo Filipina, pasando un brazo alrededor del cuello de la condesa;—dicen que seré reina de Inglaterra, es decir, una muy grande señora; pero yo hubiera preferido quedarme cerca de vos para consolaros en vuestras tristezas y para alegraros en la ausencia de mi padre y de mis hermanos! ¡Ay! ¡no tenéis más hija que yo y mi pequeña hermana Isabel, que ahora no sabrá consolaros y que, cuando sepa comprenderos, se irá también!

—Es la voluntad de Dios y de tu padre, hija mía y es preciso someterse á ella; las reinas y las princesas tenemos más penas

que las demás madres, porque nos van quitando á nuestros hijos casi desde la cuna; tú también, mi Filipina, pensarás en tus hijos, que estarán en las batallas y en tus hijas, casadas muy lejos de ti.

—¡Yo volveré, madre mía!—exclamó Filipina!—¡Oh, sí! ¡Yo obtendré del príncipe Eduardo que me traiga cerca de vos, madre mía muy amada! Nuestras naves son ligeras y este viaje no me parece largo ni fatigoso.

—¡Sí, hija mía, tú volverás!—dijo la condesa, besando la rubia cabeza de Filipina.—Pero, ¡ay de mí, que antes de llegar á Inglaterra, donde te espera tu prometido, tienes que hacer otro viaje, que me hiela de espanto!

—¡Cómo, querida madre! ¿Tenéis miedo porque voy á París á ver á mi padrino el rey Felipe? ¿Acaso no es el amigo, el aliado de mi padre? ¡Yo creo, por el contrario, que él me obsequiará con fiestas y torneos, lo mismo que su esposa la bella reina Juana!

Sacudió la cabeza Margarita de Luxemburgo al oir estas palabras llenas de la crédula confianza de la juventud y respondió tristemente:

—El rey Felipe no me inspira ninguna confianza, porque le creo lleno de malicia y

de ambición; desde hace largo tiempo desea nuestra rica Flandes; sabe que este hermoso país y sus nobles ciudades serían el más brillante florón de la corona de Francia y estoy persuadida de que no verá sin profundo disgusto tu matrimonio, que nos da un aliado tan poderoso como el rey de Inglaterra. Dios me perdone si juzgo con temeridad; pero mi alma se halla llena de inquietud y de sospechas y estaría más tranquila al saber que ibas cruzando la mar enfurecida, que abandonada al rey Felipe en la ciudad de París.

—Pero yo no voy sola, madre mía; me acompañan mi padre, dos de mis hermanos, y una gran comitiva de caballeros.

—¡Es verdad! ¡Y por eso temo, hija mía, por tu padre, por tus hermanos y por ti!

Filipina no respondió; angustiada por los presentimientos de su madre, lloraba; la condesa la tomó de la mano y le dijo:

—Vamos á la capilla á rogar á Dios y á su Santa Madre; nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que ha hecho el cielo y la tierra.

II

El rey Felipe

Ocho días después, los curiosos y los habladores, que siempre han florecido en gran número en la buena ciudad de París, se reunía en la calle de la Cité, á fin de ver el suntuoso cortejo del conde de Flandes y de su hija la futura reina de Inglaterra.

Ninguna nación igualaba entonces á Flandes en riqueza y elegancia; se esperaban maravillas y las esperanzas no fueron ilusorias.

El pueblo de París admiraba con la boca abierta á los músicos, con trajes escarlata, que abrían la marcha; venían luego numerosos servidores y escuderos que precedían á los barones y á los caballeros; éstos eran los herederos de los más hermosos nombres de Flandes y el esplendor de sus equipajes anunciaban á los más grandes señores del más rico país de Europa; montaban poderosos caballos adornados de gualdrapas blasonadas; sus brillantes armaduras eran de oro y sus cascos, ornados de plumas y de lambrequines, parecían robados á las armaduras de guerra de los antiguos escandinavos; muchos pajes, vestidos con los colores de sus señores respectivos, llevaban sus armas y sus escudos.

En medio de esta lucida tropa avanzaba el viejo conde, vestido de un traje talar, de terciopelo negro; caían sobre su pecho las sedosas ondas de su larga barba, blanca como la nieve; sus cabellos, igualmente blancos, se escapaban por debajo de su toca, también de terciopelo negro y ceñida con la corona de conde soberano.

El pueblo, que sabía que aquel anciano había sido uno de los compañeros de armas de San Luis en las Cruzadas, gritaba á su paso:

—¡Noël! ¡Noël!

A la derecha de Guy de Dampierre y montada en un caballo blanco, cubierto con una mantilla de un precio inestimable, venía Filipina vestida con una túnica de brocado de plata y un justillo de terciopelo rojo cubierto de oro; la joven, llena de timidez, ante tantas miradas, bajaba los ojos y procuraba reunir los pliegues de su velo, de en-

caje de blanco, sobre su lindo rostro; el pueblo aplaudía con entusiasmo su extrema juventud, su delicada gracia y su interesante modestia; los heraldos, que iban delante de su caballo, respondían á las aclamaciones arrojando con abundancia monedas de oro y plata.

Entre los gritos de *¡Noël y larga vida!* llegó el cortejo en buen orden al palacio que el rey Felipe habitaba y que elevaba entre sus grandes torres, edificadas por Felipe Augusto, la flecha aérea de la Santa Capilla fundada por San Luis.

El Conde y su hija echaron pie á tierra y fueron conducidos á la presencia del Monarca.

Filipina temblaba al atravesar las vastas salas con los muros cubiertos de tapices, en los que se veían las lises de Francia y llenas de pajes y de servidores del Rey vestidos de largas túnicas, sobre las que llevaban ceñida la coraza; esta tropa abigarrada y deslumbradora retrocedió delante de ella y le dejó ver, sentado bajo un alto dosel y en toda la majestad real, al rey Felipe.

Embargada por su turbación, la princesa no reparó ni en el pálido semblante del rey, ni en su noble estatura, ni en la belleza sor-

prendente de toda su persona; inclinóse con ademán sumiso ante aquel en quien veneraba á la vez la dignidad del cetro y los derechos casi paternales. El conde Guy tomó la palabra y dijo:

—Querido señor, ved aquí á mi hija, vuestra prima y ahijada, que yo y mis buenas ciudades de Flandes hemos prometido al rey de Inglaterra para su hijo y que no ha querido partir sin despedirse de vos.

El semblante de Felipe había ido tomando una expresión dura y airada; miró sin emoción y sin piedad á aquel anciano, á quien su santo abuelo había dado el nombre de hermano de armas y de amigo y á aquella niña, por la cual, al darle su nombre, se había comprometido á velar delante de Dios; á aquellos dos seres que venían á él con tanta confianza.

Después de un instante de silencio, respondió con voz breve:

—¡Por Dios santo, señor conde, pienso que vuestra hija no ha formado una alianza tan perjudicial á nos y á nuestro reino, sino por orden vuestra! ¡Pero no se llevará á cabo! ¡Vos habéis tratado sin prevenirme como á vuestro soberano señor; vos y vuestra hija, pues, quedaréis aquí!

—Señor rey, ¡esto es una felonía!—exclamó el anciano conde;—yo no puedo disponer de mis tierras sin vuestro consentimiento, pero puedo disponer de mi hija, porque mi derecho paternal no reconoce vuestro derecho de soberano; yo os debo sólo el servicio de la guerra y lo rendí á vuestro abuelo.

—Vos me debéis consultar en vuestras alianzas, como deudo mío,—interrumpió Felipe con dureza,—y lo aprenderéis, si lo ignoráis; ahora mismo van á conduciros á la torre del Louvre; en cuanto á los señores y caballeros de vuestra comitiva, libres son de volver á Flandes. ¡He dicho, señor conde!

Filipina dió algunos pasos hacia su padre, y éste la estrechó con un brazo contra su pecho, y levantando la mano derecha que le quedaba libre, hacia la estátua de Luis IX, allí presente, exclamó:

—¡Ah, señor rey! no estamos ya en los tiempos de San Luis.

Esta queja resignada fue inútil; los sargentos reales, advertidos de antemano, colocaron en medio de su sombría cohorte al padre y á la hija, mientras que los caballeros flamencos eran detenidos y desarmados en una de las salas bajas del palacio.

Media hora después la puerta de la gran torre del Louvre se cerraba detrás del conde de Flandes y de la prometida de Eduardo de Inglaterra.

El gobernador les recibió y les condujo á un departamento que había ya servido de prisión á algunos príncipes.

—¡Fernando de Portugal ha estado encerrado aquí trece años!—dijo el conde Guy recorriendo con una triste mirada la ancha y sombría sala.

—Perdonad, monseñor,—respondió el gobernador con un profundo saludo;—donde estuvo aquel desventurado príncipe fue en el calabozo situado bajo la torre del reloj, y el más duro de todos; desde aquí podéis ver la ventana.

El conde meció la cabeza tristemente como para protestar de su curiosidad.

—¿Y mi hija?—dijo al gobernador, que esperaba sus órdenes de pie;—¿dónde debe habitar?

—Allí, monseñor; á la derecha de vuestro departamento hay dos estancias para la noble señorita, y una para una joven que le hará compañía y la servirá; las órdenes del rey, mi señor, son precisas acerca de este particular.

—¡Ah, él nos esperaba!—murmuró el conde con profunda amargura;—y como una loca avecilla que se lanza hacia la red, yo me he dejado prender en el lazo... Si sólo se tratase de mí... ¡pero mi pobre hija!...

Suspiró el conde, y Filipina, que adivinaba sus pensamientos, le abrazó llorando y diciendo con voz dulce:

—¡Valor, padre mío! Mi hermano y las buenas gentes de Flandes no nos dejarán aquí, y yo no tendría cuidados ni tristeza si no pensara en mi madre. Nuestra cautividad será corta, ¡pero á ella le parecerá muy larga!

El gobernador, compadecido, les dejó solos, y, á lo menos, con la libertad de la palabra, de la mirada, de la sonrisa y de las lágrimas; hacia la noche se puso á disposición del conde uno de sus criados y se presentó á Filipina una de sus camaristas, nombrada Alix, é hija de una noble familia flamenca.

III

Cautividad

Una especie de aturdimiento reemplazó en los prisioneros á la primera violencia de la indignación y del dolor; parecíales que estaban bajo la impresión de un horrible sueño, y no podían creer en la cautividad que reemplazaba, en el anciano conde, al ejercicio del poder soberano; en la joven, á las caricias de su madre, á la dulce libertad, á las esperanzas, vistas tan de cerca, de una dichosa unión.

Agitábanse, como nos agitamos en una pesadilla; pero los días sucediéndose á los días, les enseñaron que su sueño era una realidad terrible.

El viejo conde sostenía su infortunio con una firmeza cristiana; llegado al término de la vida, no parecía querer disputar á sus enemigos algunas horas de autoridad, algunos últimos instantes de alegría... pero la vista de su hija abatía todo su valor.

Filipina, tranquila como la ignorancia, fuerte como la esperanza, ofrecía siempre á su padre los ojos rientes y la frente serena; algunos días de tempestad no habían podido marchitar aquella fresca y delicada flor; ¡se creía tan segura del próximo socorro, de la pronta libertad, del triunfo inevitable! Sentada cerca de su padre, Filipina le exponía todos sus motivos de esperanza.

¿No era, acaso, la Flandes un país con el cual debían contar los reyes? Sus hermanos, el petulante Roberto, el valeroso Guillermo, ¿no eran conocidos por su amor filial y por sus hechos de armas? ¿dejarían ahora á su padre y á su hermana en la prisión? ¡Ellos tan valerosos caballeros! ¡Oh, tal cosa era imposible!

Después enumeraba con complacencia los recursos de los estados de su padre; hablaba de los gremios de Gante, armados y belicosos; de la población de Brujas, tan poderosa y tan rica; de sus numerosas flotas, de los arqueros de Courtray, y de los labradores armados de hachas, en quienes vivía el valor y casi la ferocidad de sus antecesores paganos. ¿El rey de Francia no debía temer á tales soldados?

El conde sonreía ante estos cuadros; no

obstante, él sabía mejor que la niña cuantas dificultades traerían á la libertad de su soberano aquellas ciudades potentes, pero celosas entre sí.

Cuando el anciano recaía en sus sombríos pensamientos, Filipina, á fin de distraerle, buscaba en su memoria y cantaba con voz pura y melodiosa las baladas de su país; luego recitaba en francés, en flamenco y en inglés, las poesías que había aprendido, y cuando su padre parecía dispuesto á hablar, le rogaba que le contase sus antiguas guerras; el conde alzaba entonces su cabeza venerable, el recuerdo de San Luis le exaltaba, y repetía:

—¡Yo le defendí en Palestina! ¡Yo hice cuanto pude con mis bravos flamencos! ¡Muchos franceses me han debido la vida, y, no obstante, estoy prisionero en el Louvre!

—¡Padre mío,—replicó la niña,—puesto que hay aquí una capilla dedicada á monseñor San Luis, invoquémosle!

—Yo le invoco todos los días, hija mía, como á un pariente que tengo en el cielo; pero es preciso invocarle mucho, porque preveo grandes males para el reino de Francia.

Ninguna nueva conseguía penetrar en la

prisión, y hasta la queja que el conde de Flandes había dirigido á los pares de Francia había quedado sin respuesta.

Muchos meses se pasaron. La misma Filipina empezaba á dudar.

Una noche, en el momento mismo en que iban á cerrarse las puertas de la fortaleza, entró el gobernador, seguido de algunos servidores que llevaban antorchas; un joven de gallarda presencia les acompañaba; precipitóse con ansia en la prisión, arrojóse á los pies del anciano conde, y le dijo con una voz en la que temblaban las lágrimas:

—¡Monseñor, mi venerable padre, estáis libre!

—¡Roberto, hijo mío! ¡eres tú!—exclamó el conde;—¡no has olvidado á tu anciano padre!

—¡Ni un instante, monseñor, ni vuestras buenas ciudades os han olvidado tampoco! No hemos cesado de pedir vuestra libertad al rey Felipe; los pares han juzgado en solemne asamblea vuestra causa, y os han declarado inocente de toda felonía hacia el soberano; sin embargo, Felipe no abría vuestra prisión, y he venido yo mismo á París con mis hermanos Guillermo y Felipe, y fuertes con el apoyo del Soberano Pontífice,

á quien hemos invocado, hemos hablado al rey de Francia: el rey nos ha impuesto duras condiciones, y nosotros las hemos aceptado, á fin de que seais devuelto á vuestros pueblos y á nuestra madre.

Al acabar estas palabras, Roberto bajó los ojos.

—¿Y mi hija? ¿y tu inocente hermana? ¿no dices nada acerca de ella?—preguntó Guy con angustia.

—Padre mío, Filipina tiene que quedarse en el Louvre en rehenes.

—¡Bendito sea Dios, mi querido padre!—exclamó Filipina;—partid, volved al lado de mi madre! ¡Yo iré muy pronto á reunirme con vosotros!

—Sí, hermana mía,—dijo Roberto;—por mi fe de caballero, te aseguro que te sacaré de la prisión.

Guy vacilaba; una cruel amargura se extendía sobre su libertad inesperada; sus dos hijos se pusieron de rodillas y le suplicaron en nombre de su madre, que se moría de dolor, que aprovechase la buena voluntad del rey.

Era preciso ceder; con el corazón desgarrado dió el anciano su bendición á Filipina, que le besó las manos y enjugó sus lágrimas.

—¡Oh, hija mía!—exclamó el anciano;—¡era tu viejo padre el que debía morir, y tú ser libre!

Roberto no le dejó acabar, arrastróle en pos de él, dejando un beso de despedida y una última mirada á su hermana cautiva; la desgraciada niña oyó los pesados cerrojos que se abrían y se cerraban; en el silencio de la noche distinguió los pasos de los caballos de la escolta que llevaba á su padre; el ruido se perdió á lo lejos, Filipina miró en torno suyo, se vió sola entre aquellos muros siniestros, y sumergida en un profundo desaliento, lloró amargamente; de repente una mano asió la suya, la estrechó, y una dulce voz le dijo:

—¡Esperad en Dios!

Volvióse Filipina, y vió á su camarista Alix que lloraba á su lado.

IV

Alix

Desde aquel momento Filipina se sintió verdaderamente cautiva: hasta entonces su alma había volado sin cesar por encima de los muros de su prisión, y hacia los caminos por donde á su parecer, debía llegar el socorro; sus miradas se habían dirigido incesantemente hacia el horizonte; había esperado había vivido en el porvenir, y sobre todo, había vivido para su padre, para consolarle y fortalecerle; ahora se encontraba sola; veía las rejas espesas de su prisión; pareciale que se ahogaba, y el peso de la cautividad pesaba entero sobre su alma, donde la esperanza se apagaba.

La desgraciada niña contemplaba, como si aún no lo hubiera visto, el formidable circuito de la fortaleza; aquellos muros enormes, ligados entre sí por veinte espesas torres; aquellas puertas de hierro; aquellos corredores sombríos y casi impracticables;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

aquellas grandes salas destinadas á los reyes, y tan tristes en medio de su magnificencia; aquellos calabozos donde gemían los cautivos durante largos años, y cuyo sólo nombre inspiraba un horror mortal.

—¡Aquí viviré y moriré!—se decía Filipina.—¡Ya no veré más las verdes praderas de mi querida Flandes, y nunca llegaré á las costas de Inglaterra, á donde me espera Eduardo!... ¡El rey Felipe no me dejará nunca volver con mi madre ni con mi prometido!... ¡Cautiva estoy para siempre, para siempre!

Cuando la infeliz princesa se entregaba á estas melancólicas ideas, caía en ese negro abatimiento, que es una de las enfermedades mortales del alma, lloraba y huía la luz; entonces su joven camarista Alix iba á buscarla, se sentaba á su lado y llenaba á su vez el papel de consoladora, que tan bien había desempeñado Filipina con su padre.

Alix era huérfana; dedicada desde su infancia al servicio de la joven condesa de Flandes, la amaba con la ternura de una hermana, con la abnegación de un corazón que había concentrado todos sus afectos en un solo sér; sufría solamente por los pesares de Filipina, porque, decidida á consagrarle

su vida, le era indiferente que fuese en Inglaterra ó en el Louvre; cuando sus discursos, su alegría, sus bellos razonamientos, hacían brillar un rayo de esperanza en el corazón de la joven, ésta decía:

—Cuando yo me case con el príncipe Eduardo, te casaré con un noble inglés, Alix, y serás la primera dama de mi corte.

—¡Oh, no!—respondía Alix,—no quiero dejaros; viviré y moriré camarista de la reina de Inglaterra.

Para engañar el tiempo, ambas jóvenes leían juntas algunos libros de piedad y algunas obras de caballería, que Filipina había traido de Flandes; cantaban á duo, bordaban sentadas al mismo bastidor, y cultivaban algunas pálidas flores en una especie de terrado situado entre dos torres, y que el gobernador había designado para sus paseos.

Algunas veces obtenían permiso para bajar á la capilla y eran para ellas instantes de suprema dicha aquellos en que, cautivas, podían orar en presencia del Dios cautivo también en el tabernáculo.

Ninguna nueva de afuera llegaba á sus oidos, nadie les hablaba de Flandes, y algunas veces decía Filipina suspirando:

—¡Oh! ¡No han podido olvidarme! ¡Mi padre, mi madre, piensan en mí! ¡Roberto me ha dado su palabra de caballero, y si no vienen á libertarme es porque no pueden! Pero Eduardo, mi prometido, ¿ por qué no reclama á su futura esposa?

Un día, el capellán del Louvre, que entraba á ver á la princesa algunas veces, y al que tanta desgracia é inocencia inspiraban una gran piedad, le dijo:

—Aseguran, noble señora, que el conde de Flandes, vuestro padre, se ha aliado con el poderoso rey de Inglaterra, y que los dos reclaman vuestra libertad; ¡quiera el Señor concedérosla para su mayor gloria!

Filipina no durmió desde aquel día; á cada instante le parecía oir el ruído de pasos y de voces que había precedido á la entrada de Roberto; parecíale que iba á ver á su valeroso hermano y que éste le decía:

—¡Eres libre!

Durante diez meses la sostuvo esta esperanza que ninguna noticia alimentaba, porque el capellán, ó nada sabía, ó nada más se atrevía á decir; en fin, llegada al último extremo la inquietud de la princesa, se atrevió á preguntar al gobernador:

—El rey Felipe sale victorioso en todas

sus empresas,—respondió éste,—y ha triunfado de la soberbia de Flandes, lo mismo que su abuelo, de ilustre memoria, Felipe Augusto; la ciudad de Lille ha capitulado, y vuestro hermano Roberto, señora, ha debido á la clemencia del rey el poder retirarse con sus armas, bagajes y aprestos de guerra.

—¿Y el rey de Inglaterra no le ha socorrido?—preguntó con ansia Filipina.

—El rey de Inglaterra había llevado sólo con él un pequeño cuerpo de ejército, y se asegura que volverá á pasar el mar, entrando derrotado en su reino.

Filipina guardó silencio, pero la más sombría tristeza volvió á posesionarse de su alma infantil; algún tiempo después le dijo el gobernador, sin que ella le preguntase.

—El rey, mi señor, ha concedido treguas al conde de Dampierre, vuestro padre; ya es dueño de la mejor parte de la Flandes; la ciudad de Brujas se ha sometido al soberano, y éste ha puesto guarnición francesa en las principales ciudades del condado.

—¡Gran Dios, todo se ha perdido!—exclamó la princesa, juntando las manos y cambiando con Alix una mirada desgarradora.—¡Mi padre será despojado, y yo moriré prisionera!

El gobernador era hombre y se sintió profundamente conmovido ante aquella gran aflicción.

—Noble señorita,—dijo en voz baja,—no perdáis el valor: se dice que el Soberano Pontífice solicita vuestra libertad.

—¡Ah!—repuso la princesa,—es una obra digna del Padre común de los fieles la de auxiliar á los desgraciados; ¿pero le escuchará el rey, mi padrino?

—Señora,—dijo Alix tristemente, cuando se hallaron solas,—¿el rey de Francia tiene una hija?

—Sí, se llama Isabel,—contestó Filipina,—yo esperaba verla antes de ir á Inglaterra. Pero, ¿por qué me preguntas eso, Alix?

—¡El rey de Inglaterra tiene un hijo!—murmuró la camarista.

—¡Mi prometido no puede hacer traición á su fe!—gritó Filipina,—¡creerías acaso!...

—¡Ah, mi noble señora!—dijo Alix,—¡yo creo que, para guardaros tan duramente cautiva, el rey Felipe tiene algún motivo poderoso!.... ¡Ojalá que mis temores sean vanos!

V

La víctima

Era la víspera de la Natividad de Nuestra Señora, Alix había obtenido el permiso de confesarse con el capellán; acabada su confesión salió de la capilla; un carcelero abrió la puerta de la escalera de la alta torre que constituía su prisión y la de la princesa, y Alix subió lentamente las gradas de piedra.

En cada piso había un descanso, rodeado de bancos de piedra y alumbrado por troneras.

En el segundo piso Alix se sentó para reposar un poco; hallábase recogida, pensativa y tranquila, cuando una palabra pronunciada cerca de ella atrajo toda su atención.

Hablaban en una estancia vecina, y un singular efecto acústico traía las palabras claras y distintas al oído de Alix.

—El rey nos lo agradecerá mucho,—decía una voz de hombre,—si le desembaraza-

mos de esa joven Filipina; ésta le incomoda, porque quiere casar á su hija con el heredero de Inglaterra; una puñalada en el corazón de la flamenca será muy bien pagada.

—¡Si eso fuera cierto!—dijo otra voz.

—Prueba,—repuso la que había hablado antes;—sólo sería ese hecho una cifra más en tu confesión general.

—¡Oh! No es eso lo que me detendría; pero la horca, que puede llamarme...

—Nada tienes que temer; cumples la voluntad del rey, y el Sena se llevará el cuerpo; te diré en confianza que Sire Pedro Flotte quiere hacer este servicio á su señor.

—¿Paga Sire Pedro Flotte?

—¡Mira; con esto!

Un ruido de oro se dejó oir; siguió el silencio; un instante después preguntó la voz más ruda:

—¿Qué es necesario hacer para ganar esa bolsa?

—Subir esta noche á la estancia de la princesita; la llave la tomaré yo del cuarto del gobernador; te la entregaré, y le darás el golpe de gracia.

—Está dicho. Hasta la noche.

Alix no perdió una palabra de este siniestro diálogo; había reconocido las voces de dos oficiales de la prisión.

Temblando, cubierta la frente de helado sudor, llegó penosamente á su cuarto; allí reflexionó en silencio; ningún socorro humano podía salvar á Filipina; pero si el cielo le había revelado este secreto, ¿no era para que hiciese de él un santo empleo?

Alix tomó su resolución con firmeza y sin espanto, con la serenidad de un alma heróica.

Por la noche, Filipina se acostó como de costumbre, después de abrazar á su amiga, que le besó las manos en silencio; en seguida Alix cerró con cuidado la puerta de la cámara y se retiró al oratorio de la princesa.

Encendió una lámpara, cuyos resplandores debían atraer la atención de los asesinos, y cubriéndose con el largo velo blanco que usaba Filipina, se puso de rodillas en el reclinatorio y esperó con el corazón sereno y tranquilo.

A media noche se oyeron en la escalera pasos cautelosos; una mano abrió la puerta del oratorio y una voz dijo:

—¡Aquí está!

Una puñalada mortal hizo caer á la joven,

que se calló hasta en las ansias de la agonía.

Los dos asesinos, perseguidos por el espanto, compañero del crimen, se apresuraron á encerrar el cadáver en un saco, y bajando á favor de las tinieblas lo arrojaron al Sena.

Ningunos ojos humanos vieron más el blanco rostro de Alix, ni sus despojos virginales, arrastrados hacia el Océano por la turbia corriente, donde reposan hasta el día de la justicia y de las recompensas.

Los asesinos, pagados por el ministro Pedro Flotte, creyeron haber ganado su salario, y la misma noche salieron de París (1).

Al siguiente día Filipina preguntó por su compañera; nadie pudo darle noticias suyas, nadie quiso dárselas acaso; los días pasaron sin traer á Alix; la pobre prisionera, privada de su sola amiga, de la que la había amado hasta la muerte, se volvió más triste y más sombría, y cayó enferma.

Se le enviaron dos camareras para servirla; pero la enfermedad fue larga y peligrosa. Filipina vió muy de cerca aquella

(1) En Flandes corrió la voz de que Filipina había sido asesinada y arrojada al Sena. Roberto de Bhétune, hermano de la princesa, se sirvió de estos rumores para excitar el odio del pueblo contra el rey Felipe *el Bello*.

muerte que había con tanta frecuencia deseado.

Dios quería probarla aún, y vivió.

El anciano capellán la visitaba con frecuencia, tratando de elevar más y más hacia el cielo un alma á la que Dios parecía rehusar todas las venturas de la tierra; la princesa le escuchaba con sumisión, oraba con él y leía en los libros de piedad los pasajes que le indicaba.

En una de estas lecturas, y hallándose convaleciente apenas, encontró entre las páginas de un manuscrito de las cartas de San Ambrosio sobre la virginidad una estampita de pergamino, representando á Jesucristo en la cruz; debajo, la mano de Alix había escrito estas palabras del Evangelio:

No se puede amar más que hasta dar la vida por nuestros amigos.

—¡Oh Alix, Alix!—exclamó Filipina, besando la imagen.—¿Dónde estás? ¿No volverás nunca, mi única amiga?

Nadie respondió á esta triste queja, y Filipina sintió, más que nunca, en el fondo de su corazón, lo que quieren decir estas dos amargas palabras:

Cautiverio y soledad.